

# LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO.

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. VI

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números . . . . \$ 0.50

## LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, AGOSTO 14 DE 1885

SUMARIO — Viaje á Selene, por Epaminondas—  
Los recuerdos, por Pedro Ximenez Pozzolo—  
Madrigal, poesía, por Américo Castro y Barbosa — Alberto Navarro Viola, por M. F. R.  
— ¡Pobre Juana! por Juan C. Carvalho —  
Sueltos.

### Viaje á Selene

(CONTINUACION)

Ya estaba enclaustrado, en un claustro suntuoso que tenia toda la magnificencia Oriental de un Haren, pero desgraciadamente era un Haren sin odaliscas.

¿Estaría condenado por haber invadido de una manera tan ex-abrupta aquellos Estados á vivir en reclusion perpétua?

¿Se me habria destinado aquel alojamiento, digna prision de un monarca, provisoriamente hasta que se dictase mi sentencia de muerte?

Esto me parecia de todo punto imposible, teniendo en cuenta el recibimiento tan honroso que se me habia hecho, no sé si hijo de la natural galanteria de aquella gente, ó talvez del temor que les infundia mi porte de titan.

Ademas ¿me habrian dado de compañero de alojamiento á mi cicerone para iniciarme en todos los misterios de aquella humanidad raquítica, ó con el objeto de que distrajera mis ratos de ocio y de aburrimiento?—¿Seria verdaderamente un sábio como lo habia forjado mi deseo, ó el simple juglar de aquel mandon?

Por más que excogitaba horas enteras por hallar la solucion de todos los procedimientos altamente apocalípticos de aque-

llos entes originales, haciendo caso omiso de mi advenedizo compañero, que me miraba mudo y con profundo respeto, como si se encontrara ante su Dios, no pude dar en el quid de tanto misterio.

Pero afortunadamente vino á sacarme de tan horrible incertidumbre, mi *bête noire*, el dueño absoluto de mi vida, que entrando en mi régia morada empezó á declamar en posicion académica, una nueva arenga, aún más larga y narcótica que la de recepcion, dándome á comprender por los ademanes con que la acompañaba, que aquel individuo que me habia destinado por compañero, era el hombre más erudito de Selene, siendo su mision, el dedicarse exclusivamente á iniciarme en el idioma nacional y todas las instituciones, ya políticas y religiosas como civiles, de aquel país, para que no fuera á infringirlas en lo más mínimo, y á acarrear me por el hecho de ignorarlas, las penas severísimas que con toda rectitud y equidad se infligian al delincuente.

Aquel orador de barricada, de rostro patibulario, parecia ser muy dado á pronunciar discursos y por cierto que más bien que orador semejava un verdadero maton; pero no un maton de baja ralea, sino un maton aristocrático, cubierto de brillantes condecoraciones; seguramente le hubiera sentado mucho mejor que el hacer uso de la palabra, el blandir un alfange corvo y repartir mandobles á diestra y siniestra.

Volvió á salir dejándome con el sábio, por quien empecé á sentir una simpatía extremada y espontánea, que traté de manifestársela lo mejor que pude, haciendo relampaguear sus ojos con infinita alegría, á cada insinuacion amistosa que le hacia en medio de expresivos gestos, que sabia traducir perfectamente.

Se nos sirvió una mesa con opíparo

manjares, que saborié con indecible placer de mi estómago que se sentía algo debilitado y pude paladear un néctar delicioso y espumante, tal vez más rico que el néctar con que hacían sus frecuentes libaciones y se embriagaban los Dioses orgiastas del Olimpo, teniendo por escanciadora á la tan seductora Hebe.

Con este precioso analéptico, se restauraron mis fuerzas un tanto debilitadas y recuperó también su antiguo vigor mi espíritu.

Una vez terminado aquel festín tan suntuoso y abundante en manjares succulentos, pusimos manos á la obra, empezando á bajar libros y mas libros, que no se hallaban encuadrados con tapas de pergamino, en pasta ó á la rústica, como los muchos que habia hojeado durante mi vida de estudiante; sinó con tapas metálicas, de un metal que me era desconocido, pero que debia de ser muy dúctil y maleable, cuando se empleaba para tal uso.—Aquella cantidad prodigiosa de libros, se hallaban colocados simétricamente en los anaqueles de una gran biblioteca, que segun me dió á entender el sábio, era la del *Sun-Lun* como llamaban á su soberano, que no era más que un autócrata de oríjen oscuro, ó más bien clasificado, un verdadero *Zoberata*.

El sábio comenzó por enseñarme, como era lógico, los primeros rudimentos del idioma selenita, que luego fuimos profundizando más y más, hasta que gracias á mi prodigiosa memoria y á mi contracción asidua al estudio, pude hablar á la par de un natural de aquel país, en sólo quince días.

Hallándome posesionado por completo de aquel idioma, monosilábico como el Chino, pero sin ningun punto de contacto con él, podia decir con el orgullo de un César, que habia pasado el Rubicon, puesto que todo lo demás me sería muy fácil, y más, cuando segun los informes auténticos de mi cicerone, autoridad en el saber en aquel Estado, no estaban nada florecientes, ó mejor dicho bastante atrasados, en ciencias, artes y letras, hallándose en todo, en un estado embrionario.

En ciencias, tenían algunos conocimientos muy rudimentarios de matemáticas, geografía, química é historia natural, ignorando en absoluto las demás.

En mecánica celeste, estaban imbuidos

en una teoría garrafal, semejante á la de Tolomeo, creían que la tierra era el verdadero centro del Universo, á cuyo alrededor giraban perdurablemente los demás astros, sus satélites; siendo ellos los más cercanos y por consiguiente Selene, la que tenía la primacía en la sábia colocación de los innumerables mundos que componen el sistema planetario.

Así como en la Tierra, los alquimistas de la antigüedad habian pasado su vida entera entre retortas y matraces, majando y fusionando varias sustancias químicas, con el propósito laudable y quimérico á la vez de hacer un beneficio á sus arcas en particular y á la humanidad en general, si encontraban la tan codiciada piedra filosofal, ó sea la varita mágica para poder transmutar en oro cualquier sustancia química; en Selene, los químicos, más bien dicho los alquimistas nigrománticos, se entregaban á excursiones infatigables y á cálculos difícilísimos, valiéndose de signos cabalísticos, sin darse un momento de reposo, por hallar su *tin*, su piedra filosofal, su talisman anhelado, que consistía en un pedazo mísero de arcilla, de esa sustancia que no se encuentra, ni en la dosis homeopática de un centígramo en Selene, y de la que fué formado el primer hombre, como cuentan las fábulas de la Biblia; sustancia que tanto abunda en la Tierra y en la que infinidad de seres se arrastran con verdadero delirio.

En bellas artes, se hallaban más atrasados que los Párias; sus escultores, eran simples alfareros; sus pintores, los que vulgarmente se llaman pintores de brocha gorda ó pinta monas; sus arquitectos, eran sencillos alarifes; y sus músicos, gaiteros bulliciosos, chillones y atormentadores de oídos.

En literatura, se hallaban algo más adelantados que en los demás ramos del conocimiento humano, pero aquel adelanto era mil veces peor que una retrogradación, puesto que sus publicistas eran escritores de plumas venales, asalariados por el Autócrata de Selene; verdaderos sicofantas, encargados de hacer la apoteosis de aquel ente abominable, por medio de panegíricos rastrosos, empapados con la ponzoña del más sórdido interés y del mas inundo servilismo.

Sus poetas románticos, hijos plañideros

de las Musas, se lamentaban más que el profeta Jeremias, y entonaban al son de sus *ling-ling*, como ellos llamaban á una especie de laud de cuerdas sonoras, himnos de alabanza á su Señor, quemando á sus plantas, el incienso embriagador de la más ruin adulacion.

Conservaban todas sus tradiciones de un tinte sombrío, escritas con imparcialidad digna de encomio, pero con demasiado laconismo, algo exentas de esos detalles imprescindibles, y con un estilo inculto y rudo á la vez.

En su historia, se contaban más páginas empapadas con la sangre de estériles sacrificios, que páginas iluminadas por el resplandor de la gloria.

Al décimo día de mi residencia en Selene, se expidió un decreto gubernativo, en el cual se declaraba que el Tesoro Público estaba obligado á sufragar todos mis gastos, durante mi residencia en Selene, fueran dispendiosos ó no; que se me otorgaba completa libertad para hacer excursiones científicas y herborizar á *piacere*, en aquel reducido país; que se me concedían todos los derechos de sus ciudadanos, con más algunas prerogativas y títulos honoríficos, como ser, un manuscrito de puño y letra del *Sunlun*, con su sello correspondiente, que se me envió por orden de éste, y en el que se me discernía el título de *San-ten-kun* ó sea Nuncio del mundo Negro, como llamaban ellos á nuestro planeta; y una cruz llena de geroglíficos indescifrables y esmaltada con piedras preciosas, que se me envió conjuntamente con aquel título altamente nobilísimo; cruz que con marcado disgusto me vi obligado, á colgar del ojal de mi chaqueta algo raida y pringada, no tan solo porque formaba contraste con mi traje, sino porque siempre fui enemigo acérrimo de esos pingajos aristocráticos, que no pueden realzar jamás el valor intelectual de una persona, y que no son más que el límpido espejo, donde se refleja la necia vanidad del hombre.

(Continuará).

### Los recuerdos

Los recuerdos son la historia del hombre.

Un hombre sin recuerdos, sería lo mismo que un pueblo sin historia.

Suprimid al hombre los recuerdos, y le habreis suprimido el pasado; le habreis suprimido la razon: le quedará el presente como un arcano, y el porvenir como un antro sin luz, sin esperanza; el sentimiento dejará de ser, y en el abismo en que caiga inerte la memoria, caerán tambien el pensamiento y la voluntad.

Todas nuestras esperanzas y todas nuestras ilusiones, han tenido por cuna los recuerdos.

En ellos están condensadas todas las dulzuras y todas las amargas de la vida.

Y así como en los hechos históricos desaparecen los detalles en el transcurso del tiempo, del mismo modo los recuerdos al alejarse van perdiendo la rigidez de sus perfiles, hasta que, tomando una forma definitiva, se ofrecen á nuestra vista como esas inefables esperanzas, llenas de luz y de vida, que flotan en nuestros ensueños y se ofrecen á nuestra imaginacion revestidas con todos los atavíos y todas las galas de la poesia. Cuando toman este carácter los recuerdos, adquieren la fijeza de lo impercedero: vienen á ser nuestra leyenda; vienen á ser para nosotros, lo que la tradicion para la historia.

Por eso las memorias de la infancia, nos son cada día más gratas y sonrientes, y recordamos mejor nuestras primeras afecciones. Por eso jamás se olvidan las nunca bien recompensadas y santas caricias de nuestra madre, como tampoco se olvida jamás el generosísimo egoísmo que siente por nuestro dolor. Si las aguas del Leteo tuvieran la maravillosa virtud que les dá la fábula, no bastarían todas ellas para borrar de mi espíritu tan acendradas memorias, y si hubiera álguien tan desdichado que las pudiese olvidar, sería preciso mirarle con ojos de compasion.

Ah! los recuerdos de nuestra madre deben ocupar en nuestro espíritu, el lugar preferente que ocupan los astros en el cielo; deben estar en nuestra imaginacion como el color en la luz, como la sombra en la tiniebla; y deben ser enunciados por nuestro labio con el amor y respeto sacrosanto con que se enuncia el nombre de Dios.

Al calor de los recuerdos de la niñez, nacen y mueren nuestras primeras ilusiones, como esas caprichosas fantasías del celaje que se levantan al venir el día, se desplie-

gan al soplo de la brisa y se desvanecen de pronto evaporadas por los rayos del sol.

Los recuerdos de la adolescencia con todo su esplendor y lucidez, con todo su atractivo y belleza, tienen siempre en la juventud la intranquilidad del movimiento, y los cambiantes de color y forma de las aguas del mar.

Y esto es natural. Descontentos siempre de nuestra suerte, luchamos anhelosos contra esa valla de lo imposible, donde se estrellan nuestros deseos, — como se estrella en la empinada ribera el oleaje turbulento que levanta el desenfrenado huracán.

En la juventud los recuerdos se imprimen con letras de fuego en la memoria, para que brillen perdurablemente, — como las leyendas orientales que los árabes escribían con signos de oro en las espléndidas colgaduras y en los ricos tapices que embellecían los muros de la Caaba del pueblo de las clásicas visiones y los celestes ensueños.

Por eso podemos afirmar que si en las memorias de la infancia están comprendidos los afectos más dulces y más tiernos, en los recuerdos de esa edad están sintetizadas las mas brillantes venturas y las mas hondas afecciones.

En ellos es que aparece el ideal de los ideales, la producción de la fantasía, que se levanta del torrente de nuestras ideas, como se levanta de la catarata, la cristalina niebla, que se irisa traspasada por los rayos poderosos de un sol ecuatorial. En ellos está la estela de nuestros afanes para encontrar esa síntesis de la belleza; y estará también su descubrimiento, — si no es que la fatalidad lo ha separado de nuestro sendero, dejándonos seguir por el azaroso camino de la vida, sin más luz que la de una vaga esperanza, que se asfixia en la lóbreguez de las dudas que se levantan en nuestro espíritu, como la inconsistente llama que brota de las grietas de un sepulcro y se extingue temblando en las corrientes del aire.

Pero en uno ú otro caso, los recuerdos de la juventud son los que se arraigan con mas vigor en nuestra memoria.

Si la fortuna ha querido depararnos una juventud dichosa ¿qué espíritu habrá tan refractario que no recuerde en cada una de sus emociones, en cada uno de sus estre-

mecimientos las inefables venturas que dilataron nuestro corazón?

Si, es imposible olvidar la visión de nuestros ensueños juveniles; la dicha del feliz encuentro; la impresión de la primer mirada que nos hirió con sus dardos de luz y nos esclavizó para siempre; y los latidos violentos del corazón al abrirse á los halagos del amor, desbordando en nuestro ser los infinitos raudales de su ternura.

Es imposible que deje de resonar en nuestro oído la esquisita melodía de la primera frase, que suspendió nuestras facultades y arrebató nuestra voluntad, como es imposible también que se pueda borrar del alma aquella impresión sublime que experimentamos, cuando sentimos penetrar hasta lo más recóndito del espíritu, aquel anhelado *Si*, — la sílaba y palabra más grandiosa del idioma, que con la solemnidad del juramento, y con el ardor de la pasión, confirma la unidad de dos almas que forman la mas bella, la mas excelsa y la mas sublime armonía que puede forjar el pensamiento y ambicionar el deseo.

Si por el contrario la desgracia ha guiado nuestros pasos, y vemos que los ensueños de ventura, el anhelado encuentro, y la impresión de la primer mirada, eran solo espejismos de la fatalidad ¿habrá algo que pueda fijarse más en nuestra memoria que esas contrariedades de la vida, las más opresoras y desesperantes? ¿Habrá algo que pueda imprimirse más indeleblemente en la memoria, — en el libro de nuestra vida, — que esas desdichas, trazadas en nuestro corazón con el cálamo de la desgracia y escritas con la tinta de la amargura, cuyos caracteres respiran el sonido vivo de la palabra, y quedan resonando eternamente en nuestro espíritu como el remordimiento de la primera falta?

Ved lo que encierran los recuerdos: las armonías más dulces y las expresiones más desgarrantes; las visiones mas célicas y atrayentes y los espectros mas pavorosos y sombríos; los gratos pensamientos y los amargos sinsabores; la luz y la sombra.

Sin ellos, sería insoportable la vida, no sabríamos *lo que fué*; viviríamos como un cuerpo sin calor, como un alma sin fé y sin esperanza; enmudecerían los anhelos y se extinguiría la sed de ese renovante *más allá*. Nos quedaría el abatimiento de la

muerte en el cuerpo, y en el espíritu el misterio de la sombra. . . . el vacío de la nada. . . . lo imposible!

*Pedro Ximenez Pozzolo.*

Montevideo, Julio 18 de 1885.

### Madrigal

Jardin es la vida,  
las almas sus flores  
en el alba cuajadas de perlas  
que vierte la noche.

Es Rosa la tuya  
una alma violeta,  
que entre red de esmeraldas se esconde  
de puro modesta.

Mas yo te descubro  
detrás de ese velo,  
que violeta no puede esconderse  
debido á su incienso.

\*  
\* \*

### Alberto Navarro Viola

Hace varios dias el telégrafo nos comunicaba estas palabras: el doctor Alberto Navarro Viola ha muerto.

¡Cuántas ideas levantó en nuestra mente esa noticia!

Instintamente murmuraron nuestros labios: ¡cuántos sueños desvanecidos! ¡cuántas esperanzas irrealizadas!

En el doctor Navarro Viola, pierde la literatura del Plata una de sus más bellas esperanzas. Si á su nombre agregamos los de Benigno Lugones y Adolfo Mitre, son tres las juveniles inteligencias que ha perdido la tierra argentina, en el corto término de un año.

Ante esta nueva desgracia, el labio no puede ménos de maldecir el capricho de la muerte que, violando las leyes naturales, corta una existencia llena de esperanzas é ilusiones; el pensamiento no puede conformarse con que desaparezca así una cabeza iluminada, en la aurora de la vida y cuando el porvenir se le presentaba límpido y sereno.

Navarro Viola, sobresalía entre la juventud de su generacion por los profundos co-

nocimientos que poseía. No era una de esas inteligencias que se contentan con conocer la superficie, sin penetrar en el fondo de las cosas. Al contrario, en todo cuanto ha escrito se nota una suma de conocimientos y una reunion de observaciones, admirables, si se piensa en su edad, relativamente corta.

Reunia á su talento observador, una gran laboriosidad. En el año setenta y nueve empezó á publicar su obra de más largo aliento: el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, que ha continuado hasta su muerte. No se recorren sus páginas, llenas de vida y colorido, sin sentirse admirado por el profundo trabajo que revela cada uno de sus estudios ó cada una de sus críticas.

Pero es sobre todo como poeta, que debe lamentarse su temprana muerte. Desde varios años atras, embellecia las columnas de los periódicos con sus producciones literarias. En el año 1882 las reunió en un pequeño tomo que dió á luz bajo el sencillo título de *Versos de Alberto Navarro Viola*; publicando en 1883 un segundo volumen. Muchas críticas levantaron estas publicaciones, llegando hasta el punto de decirse que el autor no era un poeta. Si un poeta es el que versifica sujetándose estrictamente á las leyes de la forma, Navarro Viola no lo era; pero si sobre el mérito de la forma está el mérito del pensamiento, Viola era un verdadero poeta.

¡Cuánta dulzura, y al mismo tiempo cuánta sencillez se nota en sus poesías! Todas ellas son la manifestacion de sus ideas elevadas: ya sea que cante el amor incomparable de la madre; que defienda la libertad encarnada en Jordano Bruno, ó que incline la frente pensativa, agobiado por el recuerdo de su amor *A la distancia*.

Como todos los espíritus superiores sintió tambien la ruindad de los afectos humanos, y la burla escéptica y mordaz brotó más de una vez de sus labios.

No tenia, como poeta, esos arranques que harán por siempre inolvidable el nombre de Andrade. Su inspiracion se parecia más á un arroyuelo límpido y sereno, que á las aguas torrentosas del Tequendama. No iba á arrancar sus metáforas y figuras á los titanes encadenados, ni á las montañas de granito, sino más bien á las humildes flores de la llanura; no fundia el molde de su

frase al calor de los volcanes celestes, sino al calor sereno y apacible de los afectos del hogar: era ante todo un poeta de sentimiento, y por eso sobresalía en aquellas poesías íntimas, llenas de dulzura, que con tanta propiedad denominó *El alma desolada*.

Hoy que ha caído, no como el viejo luchador agobiado por los combates de la vida; sino como el naciente arbusto que troncha el huracán, no se puede menos de llorar su muerte, como una lamentable pérdida para las letras americanas.

Paz en la tumba de Alberto Navarro Viola!

M. F. R.

### ¡Pobre Juana!

(CONTINUACION)

Los padres de Juana abrazándose al cuello de ésta, rompieron á llorar con el mayor desconsuelo, como si perdieran para siempre á la única hija que Dios les habia concedido en su matrimonio.

¡Pobres padres! — Esa es una ley del mundo, y una ley tan natural en esa vida de relacion de las sociedades humanas, que todos la aceptamos con ostensible muestra de aprobacion por considerarla necesaria al cumplimiento de nuestro fin sobre la tierra. ¿Pero que padre encontrará justa esa ley? — Ninguno; porque muchas veces solo sirve para precipitar sus dias llenándolos de amargura al arrebatárseles en un instante solo, todo aquello que les era mas querido, lo que era para su ancianidad la rica sávia de la vida!...

Y esto les pasó á don Roque y á doña Lelia, sus padres, en aquel momento en que al cumplir ella con ese fin social, les hacia entrever los anublados dias de una existencia triste al faltarles el fecundante sol de la felicidad, ese sol que disipa las brumas del paterno hogar—los hijos, y en este caso, Juana.

Por eso se abrazaron tan estrechamente á ella sin quererla dejar, y prorumpieron en estas exclamaciones, que solo el oír las partia el corazon: — « No, hija mia; no nos abandones! — Vuelve tu palabra atrás, y dile á Gaspar que no te es posible cumplirla, porque causarias la muerte de tus padres, de tus padres que te quieren con

toda idolatría! — Dile, hija mia, dile. — No te calles, que Gaspar es bueno, y no permitirá que tu seas la causa de que muéramos por culpa tuya!... Pero la recientemente desposada no podia articular una palabra; tenia anudada la garganta por la emocion, y solo pudo responder con ese lenguaje tan mudo como elocuente, las lágrimas; las lágrimas que son las únicas que pueden traducir en esos momentos, los sentimientos mas íntimos del alma, cuando los labios se muestran rebeldes para expresarlos.

Entonces doña Lelia comprendiendo que con sus palabras solo conseguia hacer mas insoportable el intenso sufrir de su querida hija, calló, y besándola por última vez en la frente, permaneció despues unos instantes con la cabeza reclinada en el seno palpitante de la novia, para conformarse y verter las últimas lágrimas que quemaban su corazon. ¡Pobre Juana! Ella que debia mirar aquel instante como el mas dulce de su vida, por el contrario, no hacia mas que apurar gota á gota, el zumo del sufrimiento.

Por suerte suya, varios de los acompañantes interviuieron para separarlos y hacer asi menos fuerte para la novia aquellos desahogos del corazon, pues habiase tornado pálida y puestose trémula, como si las fuerzas la abandonaran y estuviese próxima á desmayarse.

Gaspar, por su parte, no acertaba á decir una palabra, y pendientes de sus negros y rasgados ojos, dos lágrimas reveladoras de su emocion, contemplaba en el silencio aquel cuadro triste, patético, desgarrador .....

Por fin, Gaspar dió el brazo á su esposa y otros de los de la comitiva á doña Lelia y al bueno de don Roque, y salieron, yendo á perderse por entre las calladas bóvedas de aquel templo sus últimos sollozos.

Quince meses despues veian el primer fruto de sus amores. No hay frase humana que baste á expresar la indescriptible de ese sentimiento de la maternidad, como tampoco, lo inefable de ese placer tan grande de llamarse — padre!

Gaspar, en cuyo rostro se traslucia el mas grande regocijo, besaba enagenado á aquel hijo querido, á aquel hijo que

abria en su corazón un manantial de nuevas y desconocidas emociones, haciéndole abrigar más esperanzas en el porvenir; y llevado por esa alegría inmensa que lo dominaba, abrazó á Juana con mas fruicion que nunca, cubriéndola de besos, pero de besos tan dulces y apasionados como hasta entónces no habian brotado de sus labios.

Juana, aún cuando se sentia débil y paciente, no pudo menos que devolver sus caricias con el mismo transporte y entusiasmo, empañando sus ojos azules con lágrimas de indecible ventura.

¡Cuántos placeres no proporciona un hijo en el matrimonio! ¡De cuánto no son capaces los padres por un hijo entónces! Lo son hasta para llegar al sacrificio ó á la resignacion mas grandes, porque un hijo en el matrimonio— es un lazo que vincula mas á los esposos; un rayo de luz que aclara las sombras de la indiferencia ó del hastio; un simbolo de paz en las discordias conyugales; un bruñido espejo—donde siempre se reproduce la alegre felicidad de los consortes; un lenitivo de los mas eficaces para templar los dolores del alma cuando se vé combatida por la adversidad ó las miserias del mundo; en fin, un ángel tutelar que hace del hogar un paraíso y de la tierra un cielo.

Y por el contrario, cuantos matrimonios no hay que son desgraciados por faltarles uno, dando lugar á que entónces lo consideren como una pesada cruz difícil de sobrellevar; y porqué? porque caminan sobre un terreno estéril que hace aburrido el viaje y hasta maldecida la suerte; porque en vez de ser una cruz de flores es una cruz de espinas: porque en lugar de dirigirse á un mundo de eternal poesia, marchan hácia otro que tiene para ellos, toda la tristeza y la monotonia de un calvario.

Pero en el hogar de Juana no pasaba esto; aquel hijo habia llenado de mayores encantos la vida de sus padres, haciéndolos felices en medio de la pobreza en que vivian. Ella y él no podian ambicionar dicha mas grande.—Gaspar era un hombre metódico, y un hombre que solo allí encontraba todos los placeres y todas las delicias imaginables. El por su parte, tenia una esposa que solo se miraba en las niñas de sus ojos, como se dice vulgarmente, y un hijo que era el complemento de su ventura.

¿Se puede ambicionar mas en este mundo? No.

Quando volvia de la pesca, su primera cosa era abrazar á Juana y despues tomar en sus brazos á aquel ángel que le tendia sus pequeñas manecitas en cuanto lo veia, y que á la menor de sus caricias se sonreia con esa sonrisa tan graciosa como inocente con que pintan á los querubes.

Mas tarde aquel matrimonio vió realizado uno de sus mas inquietos deseos. Tener una niña, era para Juana, lo mismo que es para un avaro conseguir un millon; lo que para una mujer coqueta y vanidosa, el poder lucir un aderezo que ha visto en algun escaparate de joyeria, y el cual ha despertado su codicia de poseerlo primero que otra; lo que es para un reo condenado á muerte el perdon de su vida; —lo era todo, porque satisfacía el mayor de sus deseos.

Tuvo á Lelia, que era su vivo retrato, y desde entónces ya se consideró la mujer y la madre mas feliz de cuantas existian en el mundo, creyendo que aquella felicidad duraria toda la vida. ¡Pobre Juana! ¡Cuán grande era su engaño!—Si ella hubiera podido leer las páginas de su porvenir, cuanto no hubiera sufrido al encontrar en ellas una de esas historias tristes, de esas historias que se escriben con caracteres de lágrimas! . . .

Pasaron algunos años sin que la tranquilidad de aquel hogar fuera interrumpida por el sinsabor ni la desgracia. Gasparcito y Lelia, contribuian por su parte en hacer mas dulces los dias de sus padres.

Estos, al revés de lo que acontece con otros consortes, en que pasado cierto tiempo que llaman poeticamente de *luna de miel* se sucede otro, que por oposicion nombran *de hiel*,—se querian cada vez mas, pareciendo mas bien novios, que otra cosa.

Pero esa felicidad iba á ser oscurecida por la sombra fatídica de la desgracia; iba á ser empañada para siempre por el hálito emponzoñado del infortunio!



Una tarde en que el mar presentaba un aspecto hermoso y encantador, y en que por su tranquilidad semejaba un espejo inmenso en cuyo fondo se reproducian invertidos el azulado cielo y las distintas embarcaciones que existian en el Puerto y la Bahía, era de ver como se aproxima-

ban, tendidas aún sus blancas lonas, una infinidad de lanchas pescadoras.

Apesar de la apacibilidad de la tarde y de la brisa levisima que soplabá, oíase distintamente en algunas de aquellas embarcaciones, las dulces barcarolas cantadas á compás por sus barquilleros, — y en otras un salmo religioso, entonado á Dios en accion de gracia por llegar felices al bende-cido puerto y por traer pan para el hogar querido en donde eran esperados por una esposa intranquila y por unos hijos cariñosos que han llorado su ausencia mas de una vez en el dia.

¡Pobre criaturas! Extrañan á su padre nada mas que porque no los ha acariciado durante el dia, y no saben que si tarda es por haberle acontecido algo grave, expuesto como está á cada minuto, á cada segundo, á ser juguete del voluble mar!

Es por esa razon que aquellos pescadores, sabiendo que son esperados con ansiedad, elevan á Dios un canto de gratitud cuando se ven cerca de la hospitalaria costa; y tambien, porque podrán besar otra vez á la mujer querida y estrechar contra el pecho á los pedazos de su corazon; porque podrán abrigoarlos si tienen frio; mitigar su apetito si tienen hambre; darles lumbre si no tienen fuego para calentar sus miembros ateridos; dispensarles su amor y su cariño — si sufren ó si lloran...

¡Quiérese mas felicidad que la de esos pescadores, quienes á pesar de su pobreza se consideran ricos si llenan diariamente sus necesidades; sin otra ambicion, la ambicion mas grande, la de no faltarles el trabajo; sin otro deseo, que el de ver contenta á su pequeña prole; sin mas sentimiento, quizá el mas hondo, el de faltarles en esa edad tiernísima de la infancia en la que aún no pueden luchar con las exigencias de la vida, — y sin mas temor que aquel, en que su pobre compañera, quedando aunque honrada en la miseria, tenga que hacer sus veces procurando la subsistencia de aquellos seres queridos, y en que llegue un dia, un dia de tal necesidad, en que tenga que mantenerlos con las sobras de otra mesa ó cubrirlos con los despojos de otro?... Ah! cuando esto sucede, yo bendigo á esas pobres madres, que viendo un dia á sus pequeños huérfanos llenos de privaciones, por carecer de trabajo ó por ser escaso su producto,

comprenden los deberes de una madre y no se avegüenzan de pedir un mendrugo de pan, ántes de precipitarse en el inmundo lodazal de la maldecida prostitucion, dando así un ejemplo vivo y elocuente á esas innumerables mujeres, que confundidas entre las revueltas olas de la perdicion pasan desapercibidas para el mundo; mujeres que solo inspiran desprecio á la mujer honrada, despertándoles hasta el temor de rozarse con ellas, por no contagiarse con el virus que despiden sus labios impuros y sus carnes palpitantes de materialismo; á esas mujeres despreciadas en público y engañadas en privado, por ser comprado su amor por un momento solo, — respirando ¡infelices! una atmósfera corrosiva saturada toda ella con el lúbrico miasma del torpe libertinaje!... ¡Pobres mujeres! ¡Cuánta es su desgracia y cuán degradante su condicion, aún en medio de esa cárcel dorada que les dan por mundo; cuanta miseria no circunda sus cuerpos aún cuando los cubran con oropel y con suntuosas galas por esa nécia vanidad de agradar al hombre, si apenas créen haberlo conseguido, la desecha por haber ya satisfecho ó porque despues la mira con recelo y casi con repugnancia! Ah! vuestro pan ha de saber á trigo amasado con lágrimas; vuestro lecho voluptuoso cuando os dejais caer en él semejarase á cojin de punzantes espinas que os harán sufrir horriblemente;..... la tibia atmósfera en que os moveis impregnada de perfumes embriagadores os ha de parecer pesada y difícil de respirar... y lo mas triste, cuando meditais el porvenir... que tétrico, que sombrío, que pavoroso no se os presentará, previendo un dia en que os vereis recogida por la caridad humana, y sumida, es cierto, en blanca y limpia sábana... pero sin mas compañera que bondadosa Hermana que os atenderá con solicitud y os mirará con compasion... y allí, olvidada de todos, entregar vuestra alma á Dios que os pedirá cuenta de ella!!

(Continuará).

### Sueltos

ADVERTENCIA — Hacemos notar á nuestros lectores, que la composicion poética que aparece con la firma de A. Castro en la segunda columna de la página número 36, se ha puesto equivocadamente, siendo su autor el poeta mejicano señor Lopez Carbajal.